

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Nuestra gente

VI

Cuadernos del Archivo de la Universidad **48**

Lima, 2007

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Nuestra gente ofrece, en sucesivas entregas, semblanzas de los miembros y de los amigos de la Pontificia Universidad Católica del Perú que contribuyen desde 1917 al ser y al quehacer institucional.



Pontificia Universidad Católica del Perú

Nuestra gente : VI
. -- Lima : PUCP, 2007.

56 p. : il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 48)

© Pontificia Universidad Católica del Perú – Archivo de la Universidad, 2007.

Av. Universitaria 1801, Lima 32
Teléfono: (511) 626 2000 anexo 3713
Telefax: (511) 626 2857

E-mail: archivo@pucp.edu.pe
Dirección URL: <http://www.pucp.edu.pe>

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2007-06244

Presentación

Cuando me solicitaron hacer la presentación de esta nueva edición de *Nuestra gente*, tuve la oportunidad de revisar algunos ejemplares de números anteriores, y pude reparar en el profundo contenido de estos documentos, constatando que las instituciones son, en definitiva, producto de una construcción colectiva en la que participan muchas personas que van dejando huella en su desarrollo y que se han ido sucediendo a lo largo de los años. Nuestra Universidad ha cumplido ya 90, y en estas nueve décadas, su evolución se ha visto enriquecida con el aporte de cientos y hasta miles de personas, cuya trayectoria es justo destacar, lo que nos permite al mismo tiempo apreciar cómo y por qué la PUCP ha llegado a ocupar el lugar que la opinión pública y el país le reconoce, además del prestigio de que goza en el ámbito internacional.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que el alma de la Universidad está principalmente formada por ese número indeterminado de personas que contribuyó a forjarla con aportes diversos, no solamente derivados de las distintas especialidades o profesiones, sino de los diferentes puntos de vista que sustentaron con solidez, y rigurosidad propia de investigadores y académicos serios. Son esas distintas aproximaciones las que han impulsado a la PUCP a crecer permanentemente, en una dinámica plural, donde las ideas han sido confrontadas con otras ideas y en la que la tolerancia ha caracterizado los innumerables espacios de diálogo surgidos en sus aulas, auditorios, charlas de café, patios y jardines.

Pero el desarrollo de una Universidad distinguida por su excelencia, reclama más, demanda también el concurso de diversos tipos de gente: gente con visión de futuro y con capacidad para proyectarla,

gente con habilidades administrativas y organizativas, gente con talento para planificar y ejecutar proyectos. Gente para gobernar y dirigir inteligentemente la marcha institucional, gente capaz de reconocer sus fortalezas y debilidades y con decidida voluntad para rectificar lo que pudo estar equivocado, gente con profunda vocación académica y de docencia y, desde luego, se requiere de estudiantes con espíritu crítico, capaces de demandar esa excelencia y reproducir o ampliar hacia la sociedad todo lo bueno que ha podido recibir, brindar y compartir durante sus años de formación profesional.

Una Universidad como la nuestra, supone la acumulación de todos esos aportes, desde diferentes ángulos y en magnitud variable, pero todos ellos indispensables. Revisar en alguna medida la calidad individual de tales aportes, nos suscita una experiencia de sensaciones complejas, de nostalgia, orgullo y admiración sin duda, pero también de reto a nuestras propias iniciativas y al futuro institucional que queremos ayudar a construir. Esa misma experiencia nos ofrece también una visión compartida de los principios y valores éticos que han afirmado nuestro perfil institucional, y que constituyen el denominador común de todas esas gentes, independientemente de sus particulares perspectivas y eventuales diferencias.

En esta oportunidad, *Nuestra gente* rinde homenaje a varios de estos hombres y mujeres que expresan en términos concretos lo que he intentado describir hasta aquí. No tuve la suerte de conocer personalmente a todos, pero sí a algunos de ellos. Otros me fueron presentados a través de una suerte de "tradición oral", con la que en ocasiones tratamos de compensar nuestra tendencia a caer en una vorágine que nos impide apreciar lo que quedó atrás, olvidando con frecuencia a quienes abrieron y orientaron el camino por el que hoy transitamos.

Entre las personalidades cuyas semblanzas están recogidas en este número se encuentra el padre Felipe Mac Gregor, recordado rector de esta casa de estudios entre los años 1963 y 1977. Para quienes iniciamos nuestra vida universitaria a comienzos de los 70, la imagen

de la PUCP y la del padre Felipe se confunden por completo. El empuje y dinamismo que supo imprimir a esta Universidad, nos hizo crecer en todos los sentidos. Sobre su persona, en estas tres décadas desde que se alejó del cargo, he podido advertir el unánime reconocimiento que lo califica como el gran “modernizador” de la institución, aquél que hizo posible que el Fundo Pando pudiera adquirir la identidad que hoy expresa, albergando en este hermoso *campus*, al lado de sus amplias áreas verdes, una valiosa infraestructura en la que se asientan aulas, bibliotecas, institutos, laboratorios, talleres y oficinas, que sirven a no menos de 17 000 estudiantes en múltiples áreas del saber y de la investigación. Tuve la suerte de tratarlo más de cerca en los años posteriores y pude por eso ser testigo de su intenso trabajo por la paz en los tiempos de violencia, que lo mostraron en el mismo ánimo que lo llevó a imprimir desde su rectorado, una preocupación profunda por el país, por los seres humanos, pero sobre todo, por aquellos más afectados e indefensos.

Tempranamente desaparecido, José Antonio del Busto es otro de los motivos de las semblanzas de esta edición, a quien quisiera referirme. Por cuestiones absolutamente circunstanciales, no llegué a ser su alumno en la Universidad. Pero sospecho que entre los factores que contribuyeron a esas circunstancias, tuvo que ver la impresión que me formé de él como docente, a partir de ciertos comentarios acerca de su estilo para dictar, que destacaban su esmerado afán de describir con detalle cada pasaje de la conquista en la historia peruana. Consideré entonces que mi idea y visión de la historia tenía poco en común con aquellos detalles y los registros de memoria que me podían ser exigidos a partir de los mismos.

Años después, revisando algunas de sus publicaciones, artículos y entrevistas, en los que abordaba la historia del país con un apasionamiento contagiante, pude advertir que yo había sido presa de una ligereza imperdonable, al descalificar tan desaprensivamente, una obra singular y de indiscutible calidad como la que aportó José Antonio del Busto, al estudio riguroso de nuestra historia. Lo que es peor, había perdido la oportunidad de conocerlo de cerca como docente y como persona, y esa oportunidad no se volvió a

presentar posteriormente.

Desde tiempo atrás, guardaba la esperanza de que alguna vez pudiera tener la ocasión de conversar con él y transmitirle directamente estas inquietudes. Por eso ahora, cuando ya no me resulta posible mantener esa esperanza, quiero aprovechar estas líneas para decirle que, después de todo, ha sido mi maestro fuera de las aulas. Porque esta Universidad está colmada de su presencia, y desde diversos ángulos sus ideas y pensamientos se siguen difundiendo.

Pero además, aprendí de él que el conocimiento no tiene forma ni estilo exclusivo de divulgación: Debemos preocuparnos por la calidad con la que ha sido adquirido y confiar en que, quien lo posee verdaderamente, nos lo habrá de transmitir magistralmente, de la manera que considere mejor. Todo esto me permitió entender también que, la mejor actitud para captar enseñanzas y conocimientos, es la humildad. Hace mucho que trato de seguir esta directriz, pero no puedo dejar de pensar que habría resultado magnífico haber tenido eso tan claro, treinta y cinco años antes.

Finalmente, otro de los homenajeados es Xavier Kiefer-Marchand, quien desde la década de los cuarenta y hasta mediados de los sesenta, prestó servicios en esta Universidad como tesorero general pero, además y principalmente, como secretario de la Facultad de Derecho. A él no lo conocí, pero no cabe duda que su impronta ha trascendido, y de lejos, los márgenes regulares de un funcionario que cumplió satisfactoriamente su labor. En 1969, un año después de su fallecimiento, Jorge Avendaño, entonces decano de Derecho, escribió: "...El Dr. Kiefer-Marchand es representante cabal de todos aquellos hombres que vivieron con humildad, con abnegación y sacrificio pero también con esperanza e inquebrantable fe en el destino de nuestra Universidad durante largos años, e hicieron posible lo que ella ha llegado a ser..."

El doctor Avendaño escribió esto en el número 27 de la revista de la Facultad, *Derecho*, publicación que debe muchísimo al empuje y entrega que Kiefer-Marchand le brindó, –según cuenta el mismo

Avendaño– desde la gestión de los fondos para editarla, pasando por ocuparse de la corrección de pruebas y llegando en ocasiones a asumir por entero su elaboración.

Las constantes referencias a su persona alimentaron en mí una curiosidad mezclada con respeto y hasta afecto por alguien que fue percibido por quienes lo conocieron como una vida entregada por completo a la PUCP y a su Facultad de Derecho y que, no obstante poseer un temperamento fuerte y demandar una disciplina inquebrantable, supo ganarse el aprecio de todos.

Algunos de los sobrios pero elegantes muebles que utilizó en su despacho, identificados por un cuero de color verde intenso, fueron a manos de dos de nuestros profesores más distinguidos de la Facultad de Derecho. Cuando en enero de 2006 me incorporé a la planta docente a tiempo completo, encontré casualmente en una sala de reuniones una silla verde que de inmediato identifiqué como de las originales de Xavier Kiefer-Marchand, y, dado que era evidente que no correspondía al mobiliario de la sala, solicité me fuera cedida en uso. Los alumnos y colegas que visitan mi oficina ahora probablemente se lleven una impresión negativa acerca de mi sentido estético para amoblarla. Sólo a unos pocos les he podido compartir que para mí, como seguramente ocurre con esos dos profesores que atesoran parte de estos muebles, se trata de un objeto casi mágico y de particular valor, símbolo de un compromiso decidido por nuestra Universidad y, por cierto, de rendir un homenaje a esa persona tan especial, alrededor de la cual, deseamos seguir compartiendo y conociendo.

Me limito a estas tres, de las doce personas que son motivo de reconocimiento en esta edición, en el ánimo de presentar tres situaciones diferentes. Con el primero, tuve la suerte de llegar a sostener un trato más personal. Al segundo, sólo lo pude ver ocasionalmente, pero aprendí a admirarlo sin haber tenido la oportunidad de acceder a su entorno. El tercero, falleció tres años antes de que yo ingresara a la Universidad, y sin embargo quedó registrado en mi agenda personal como un referente central en mi vida de estudiante y, más tarde, como docente.

Tres aproximaciones distintas pero igualmente intensas. Para cada uno de los miembros de esta comunidad, estas tres aproximaciones pueden variar en múltiples combinaciones con relación a los doce homenajeados, pero en todas ellas encontraremos una matriz y un sentimiento común, nuestra pertenencia a la PUCP y el amor por *Nuestra gente*.

A handwritten signature in black ink, consisting of several stylized, overlapping loops and lines, positioned above the printed name.

Walter Albán Peralta
Profesor principal
Departamento de Derecho

Teófilo Altamirano Rúa: testimonio de una pluralidad lingüística y cultural desde Ocobamba a Manchester

Antonio Peña Jumpa

Teófilo Altamirano Rúa es el tipo ideal de profesional-académico pluricultural para un país como el Perú. Este perfil es el resultado de la confrontación e integración de un conjunto de identidades culturales que a través de un personal proceso migratorio puede hoy mostrarse externamente en la habilidad de Teófilo de hablar perfectamente el quechua, el castellano y el inglés, y conocer las culturas que circundan estas lenguas.

El profesor Altamirano, a quien todos conocemos como el especialista en temas de migraciones y difusor del significado económico y social de los emigrantes peruanos en Europa y Norteamérica, ha trascendido el conocimiento total de una comunidad de los Andes peruanos, pero también el de una sociedad moderna, industrial y global como es la inglesa.

Cuatro etapas de la historia personal de Teófilo Altamirano pueden servir de ejemplo para entender su trascendencia testimonial y pública. Estas cuatro etapas están referidas a cuatro choques culturales o simplemente *shocks*, como el mismo Teófilo los denomina, que le tocó vivir en su formación de estudiante y profesional al desplazarse de un centro de estudios a otro y por distintos pueblos o ciudades. El primer *shock* corresponde al paso de su comunidad de origen, Ocobamba, a la ciudad de Andahuaylas donde estudió su secundaria. El segundo *shock* ocurre cuando Teófilo deja el colegio y pasa a su primera universidad en la ciudad del Cuzco. El tercer *shock* comprende el cambio de universidad del Cuzco a Lima, donde Teófilo terminará sus estudios de Antropología. Finalmente, el cuarto *shock* es el que corresponde a su paso de Lima a Manchester, Inglaterra, donde Teófilo desarrolla sus estudios de Maestría en Antropología Económica. Veamos a continuación una breve presentación de estos cuatro *shocks* que desarrollaron en nuestro autor de referencia un modelo de persona y profesional.

De Ocobamba a Andahuaylas

Teófilo Altamirano Rúa nació el 15 de setiembre de 1943 en el seno de una comunidad andina identificada como Ocobamba, en el distrito del mismo nombre, provincia de Chincheros, departamento de Apurímac. Hijo de don Teófilo Altamirano Vílchez y de doña Jesús Rúa Bermúdez. Eran finales de los años 40 cuando Teófilo tenía cinco años y su madre fallece. Personalmente este hecho marca bastante en Teófilo. A partir de esa fecha, él pasa a criarse al lado del segundo compromiso de su padre, pero para ello ya había quedado plasmado los inicios de su primera identidad cultural y lingüística. La madre de Teófilo fue quechuahablante, mientras que su padre era mestizo. Entonces, por su madre aprenderá el idioma y la cultura quechua, mientras que por su padre aprenderá parte del idioma y la cultura española.

En el contexto de su nueva familia, la de su padre con su segunda esposa y cuatro hermanos menores, se confirmará el predominio del idioma y la cultura quechua para Teófilo. La segunda esposa de su padre también era quechuahablante, pero más aún tal identidad se confirmaría al crecer en su comunidad al lado de niños quechuahablantes haciendo juguetes manuales de madera, piedra o metal vinculado a su "chacrita" o "ganadito".

En este ambiente, Teófilo inicia a los siete años la escuela primaria. Esta es en una escuela de la propia comunidad donde el niño Teófilo se desenvolvería con gran facilidad dado su conocimiento del castellano además del dominio del quechua. Esta habilidad hizo que los profesores de la escuela siempre lo convoquen al frente para dirigir el canto del himno nacional, pero también para que lo recuerden como un niño sociable, habilidoso jugador de "trompito".

La comunidad y la escuela consolidarían en Teófilo Altamirano la identidad con una cultura local. Sin embargo, es desde este mismo espacio que se formará en él el inicio de una gran carrera que paradójicamente buscará lo no-local. A la opción del desarrollo intelectual en lo personal se sumará el hecho que sus profesores de la escuela le inculcarán a él, como a sus demás compañeros

de promoción, la ideología que normalmente todos tenemos en nuestros pensamientos “salir fuera y progresar”.

Bajo este signo, Teófilo se traslada a Andahuaylas a cursar sus estudios secundarios. Es aquí donde empieza su primer *shock*. Llegado al Colegio Nacional Juan Espinoza Medrano, su capacidad bilingüe no fue suficiente para sobrellevar el contexto predominantemente español y citadino en el mismo. Estaba en la ciudad más importante del departamento, donde todos debían hablar “muy bien” el castellano o español. Eran los años 50 e inicio de los 60 y la mentalidad oligárquica y terrateniente criolla y mestiza se repetía en las capitales de provincias o departamentos, como era el caso de Andahuaylas. Teófilo no escaparía a este nuevo contexto.



Los jóvenes del colegio, hijos de los señores de buena posición social en la ciudad o el campo, se burlaban de los alumnos que llegaban de provincias o distritos alejados. A estos se les llamaba “indígenas” o “pastores de llamas”, en tanto los consideraban seres inferiores que no sabían hablar bien el español. Teófilo soportaría y sobrellevaría ese conjunto de humillaciones tras la perspectiva del ideal “salir fuera y progresar”. Así llegaría a ser un alumno promedio y se prepararía para seguir la universidad.

De Andahuaylas al Cuzco

Acabada la secundaria, Teófilo Altamirano pensó ser maestro de escuela. Sus familiares le habían instruido que ser maestro le

proveería de una buena posición social y un ingreso económico seguro (bastante regular en aquellos tiempos). Se traslada así al Cuzco y en el año 1963 ingresa a la Facultad de Educación de la Universidad Nacional de San Antonio Abad de esa ciudad. Sus estudios se inician gracias al apoyo económico que recibe de la propia universidad por la beca que le financiaría su aprendizaje. Sin embargo, esta beca le es cancelada al año siguiente, en que decidió trasladarse a la Facultad de Ciencias Sociales, especialidad de Antropología, en la misma universidad.

En el Cuzco y particularmente en el mundo universitario Teófilo experimentaría su segundo *shock* cultural. Esta vez ya no se encontraba solamente frente a los mestizos castellanohablantes, sino frente a descendientes de prestigiosas pero cerradas familias cuzqueñas que en muchos casos eran identificadas aún con el término quechua *panaka*. Estas familias o *panakas* podrían considerar el quechua como un importante idioma y cultura dentro de sus medios comunicativos y sus relaciones sociales, pero era el quechua "auténtico", no el de los pueblos conquistados por los incas. Si bien el idioma y la cultura central pertenecían al castellano, los antecedentes del Imperio Incaico y su idioma quechua también debían influir para considerar una completa identidad cuzqueña. Teófilo provenía de una familia "sin origen cuzqueño" y de un distrito alejado que fue conquistado por los incas, entonces no tenía los antecedentes de una *panaka* cuzqueña y no hablaba el auténtico quechua.

Los descendientes de las familias cuzqueñas o *panakas* se consideraban el "centro del mundo", según nos narra el mismo Teófilo. Eran los descendientes de hacendados o terratenientes que contaban con un ejército de "indígenas" como mano de obra barata para la explotación de sus extensos territorios agrícolas y ganado. Eran también los propietarios de bienes muebles e inmuebles en la ciudad identificados con apellidos españoles aún pre-existentes como los "Núñez del Prado". Teófilo recibió la carga emocional de este contexto, y lo dominaría guiado por el recuerdo de su pasado y el ideal "salir fuera y progresar".

Del Cuzco a Lima

El segundo año de estudios en la Universidad de San Antonio Abad del Cuzco sería decisivo para que Teófilo Altamirano piense en su traslado a una universidad de Lima. Él quería progresar, estudiar en la mejor universidad del Perú y con los mejores profesores de la especialidad que había elegido, entonces pensó en emigrar a la capital del país. A fines de su segundo año en el Cuzco, consigue una plaza (muy reñida) en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. Aquí continuaría estudiando Antropología, pero además años después sería el lugar en donde obtendría el grado de Doctor, convirtiéndose así dicha universidad en su *alma mater*.

En esos años, a mediados de los 60, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos era el paradigma de universidad de Lima y el Perú. Todo "provinciano" destacado buscaba estudiar en esta universidad para concretar el mito del progreso. Pero el ambiente de la universidad como la propia ciudad de Lima no dejaba de ser hostil para quienes eran no-limeños. Si los descendientes cuzqueños se consideraban el "centro del mundo", uniendo la cultura ancestral quechua con la española, los limeños eran más aún: podrían ser los "superiores" o "jefes" de los que se creían el centro del mundo y de muchos otros más. En este contexto Teófilo confronta su tercer *shock* cultural. Si los limeños discriminaban a los cuzqueños a pesar de estimarse el "centro del mundo", ellos podrían discriminar más aún a quien provenía de una comunidad andina, como era el caso de Teófilo.

Este contexto de discriminación, sin embargo, se convertiría en una nueva razón para sobresalir y figurar como un destacado estudiante de Antropología. En una especialidad que estaba relacionada con el estudio de las poblaciones y su cultura la ventaja de Teófilo era su capacidad bilingüe: dominar el quechua además del español. Esto era aún raro en la universidad, y entonces a la primera oportunidad de convocatoria para prácticas profesionales en el prestigioso Instituto de Estudios Peruanos (IEP), no tuvo problemas en ser elegido. El contexto de discriminación lingüístico y cultural se

tornaba paradójicamente muy favorable para Teófilo. Su carrera o especialidad era la más apropiada para el estudio de la cultura andina, que era lo que más motivaba a los antropólogos nacionales y extranjeros en aquellos años.

De Lima a Manchester

En el Instituto de Estudios Peruanos, Teófilo Altamirano trabajó al lado de destacados antropólogos extranjeros. A través de este contacto conoce a los doctores Norman Long y Bryan Roberts, quienes eran profesores de la prestigiosa Escuela de Antropología de la Universidad de Manchester, Inglaterra, y se encontraban en el Perú ejecutando un proyecto de desarrollo en el Valle del Mantaro. Teófilo se integró al proyecto como antropólogo quechuahablante y en la interacción con los profesores ingleses aprende inicialmente el inglés. De este trabajo e interacción Teófilo comprende la importancia del idioma inglés para continuar con el mito “salir fuera y progresar”. Entonces él se dedica a estudiar dicho idioma, aprendiéndolo gradualmente y practicándolo con todo extranjero que llegaba a trabajar en el proyecto.

En el año 1971, Teófilo recibe una beca de estudios de parte de la Fundación Ford para estudiar en la famosa Escuela de Antropología de la Universidad de Manchester. Esta era la escuela liderada por Max Gluckman, el famoso antropólogo inglés que revolucionó el estudio de los conflictos desde comunidades nativas africanas. Aquí Teófilo experimentará su cuarto *shock* cultural, pero esta vez no tan distante del *shock* vivido en Lima. La modernidad de ciudades industriales como Manchester no viene a ser sino el paradigma de ciudades como Lima, entonces no hay mucho que distinguir, aunque sí la organización de sus ciudades y su gente. Manchester como Lima soporta la migración incesante de miles de ciudadanos de diferentes culturas, aunque en el primer caso tenemos una migración más internacional, y en el segundo caso una migración interna.

Teófilo se integra a esta escuela para aprender y vivir los estudios

de Antropología Económica Internacional y es allí donde perfila sus iniciales aprendizajes sobre el tema de migraciones. La gran sorpresa es encontrarse con estudiantes emigrantes de todo el mundo, pero particularmente con un mundo académico que valoraba y hacía valorar las culturas ancestrales nuestras. Los mejores estudiantes de Antropología del mundo acudían a esta escuela a estudiar pero también a intercambiar vivencias de su cultura y sus costumbres. Allí Teófilo encontró personas muy interesadas en conocer las culturas prehispánicas de nuestro país, y con ello saber cómo era el quechua. Teófilo les recitaba poemas en quechua, y aprendió a valorar la admiración por esta cultura y entonces a revalorar su inicial cultura de Ocobamba.

Balance: de emigrante pluricultural y plurilingüista a especialista en migraciones

Los cuatro *shocks* experimentados por Teófilo Altamirano pueden resumir la pluralidad lingüística y cultural que lo identifican. Pero esta experiencia también muestra su largo proceso de migraciones que bien podríamos identificar como su éxodo quechua-hispano-inglés. A través de este proceso Teófilo sintió y vivió el significado del choque de culturas o civilizaciones pero sobre todo el mito de las migraciones sintetizada en la frase: “salir fuera y progresar”. Teófilo salió fuera pero también regresó, volvió a salir y retornó nuevamente.

Después de Manchester, Teófilo Altamirano regresará a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Aquí concluye sus estudios de Doctorado en Antropología. Luego gracias a otra beca de la Fundación Ford, emigra nuevamente a Inglaterra, a la Universidad de Durham donde obtiene otro doctorado, pero esta vez en inglés: su *Ph.D.* Finalmente regresará y se localizará en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), donde se dedicará a la docencia y realizará sus mejores investigaciones y publicaciones sobre el tema de migraciones.

“Desde las migraciones y por las migraciones” parece ser el lema que

identificó a Teófilo. Con más de diez importantes investigaciones sobre el tema y ocho libros publicados en español y dos en inglés, la explicación no podría ser otra. El título de uno de sus libros *Migración: el fenómeno del siglo* (Lima: PUCP, 1996), parece resumir la importancia del tema y el dominio sobre el mismo en contextos como el peruano y en el mundo. Pero quizá, su más importante publicación, *Remesas y nueva 'fuga de cerebros': impactos transnacionales* (Lima: PUCP, 2006), según el mismo Teófilo, le ha llenado de orgullo y reconocimiento internacional. Tal es este reconocimiento en el exterior que su trabajo productivo lo llevó de profesor visitante por cuatro universidades norteamericanas y dos británicas en los últimos años.

En suma, la experiencia migratoria de Teófilo Altamirano Rúa, desde Ocobamba hasta Manchester confirma el aprendizaje de un ciudadano quechuahablante pluricultural convertido en un profesional académico en el mundo hispano e inglés. Su experiencia de emigrante lo ha llevado a aprender la lengua y cultura de otros y a tener una identidad pluricultural y plurilingüista, y a razonar mejor que nadie en el Perú el tema de la migración.

*Una clase magistral
A la memoria de José Antonio del Busto¹*

Flor de María Cosío

*...llevábamos a la espalda un copioso
haz de flechas que no recordamos haber disparado
y que han debido caérsenos por el camino.*

-A. Machado-

Existen momentos que son únicos en nuestras vidas, establecidos ya por las obligaciones y la rutina cotidianas, que nos parecen mágicos, irreales, arrancados de algún instante del pasado y cuando los llegamos a percibir con la razón, han vuelto a su lugar en el tiempo. Y es que, por un instante fortuito y gracias a la colaboración de un maestro excepcional, el doctor José Antonio del Busto Duthurburu, historiador y especialista en conquista y cultura prehispánica, casi un centenar de ex alumnos volvimos a reunirnos el 17 de abril de 1989 por unas horas en los antiguos pasillos y patios, salones y aulas de la que fue Facultad de Derecho, antes morada del historiador José de la Riva-Agüero, de nuestra Universidad Católica.

La tradicional casa rosada de la calle Lártiga, se llenó con el eco de las risas y de los abrazos; con gritos y el alborozo de hombres y mujeres que hace veinte años tuvimos diecisiete. Fue por esta época del año, pero en 1969, cuando subimos la escalera de la misma casa que nos condujo a la pared, donde estaban pegadas las listas con los nombres de quienes tuvimos la suerte y la responsabilidad de haber alcanzado un lugar en la lista, un número entre cientos, que nos indicaba el haber sido admitidos para empezar la vida universitaria. Fue allí donde nos reencontramos.

Quienes llegamos temprano a la cita nos sorprendió el escaso

¹ Esta nota fue escrita originalmente en el año 1989.

número de concurrentes, un miedo de ser cantidad insuficiente nos invadió; pero, conforme avanzaba la mañana y el grupo crecía, la sorpresa era constante e insospechada la alegría de cada encuentro. Llegaron quienes se dedican al derecho y lo ejercen en conocidos estudios, aquellos a quienes la política atrajo, quienes se dedicaron a la psicología y sociología –carreras de moda entonces–, los de la vía diplomática y también los que cambiaron de rumbo. En fin, cuando el conjunto estuvo completo entramos al aula –de inconfundible olor a madera guardada, a pasado– y nos acomodamos en las viejas y largas bancas, para recibir una clase de historia dictada por nuestro querido profesor.

Alguien recorrió la lista de los nombres inscritos entonces, y los *presente* sonaron tímidos, fuertes o alegres en la sala llena. El maestro que hasta el momento había esperado silencioso, confundido entre todos, casi imperceptible, volvió a su antigua gallardía, a su recia figura –a pesar del pelo y la barba canos–, mientras un silencio se empezaba a sentir... Con voz firme e intacta, dijo: *Muchas cosas han pasado desde la última vez que nos vimos...* la alegría nerviosa, junto con esas palabras produjo en el auditorio risas y aplausos, para luego dejar transcurrir una lección de aquella época en su estilo inconfundible. Habló de la *panaka* incaica, los conceptos olvidados volvieron a su lugar, –aprendimos lo que no a su tiempo– e interrumpimos a cada instante con risas de aprobación para celebrar las ocurrencias inteligentes y oportunas. Nos hizo constatar, como colofón, que no debemos olvidar que al sur de la línea ecuatorial, somos el único pueblo que tuvo una deslumbrante civilización prehispánica mientras que al norte existieron veintiuna.

Al término de la charla un ambiente especial, entre la ansiedad y la nostalgia, se había apoderado de cada uno de nosotros, las fotografías lo confirman, porque sentimos ya el paso inexorable de nuestros mejores años.

Un alumno destacado de entonces y brillante profesional, había puesto la noche anterior, sobre un papel, sus recuerdos, trató de leerlos en voz alta. Y todos, a cada evocación fuimos reviviendo situaciones, hechos y circunstancias personales. Volvimos entonces a la antigua Plaza

Francia, cuando conservaba sus pequeños jardines y bancas, cuando no era una explanada sin carácter, y cuando desde las mesas de la biblioteca ubicadas en el segundo piso de lo que es hoy la casa de los pueblos jóvenes, veíamos pasar entre lecturas, a los peatones tranquilos en horas de la mañana o tarde. Nuestro compañero, con su parpadeo



constante nos decía de la emoción con la que había redactado esas líneas. Nos vinieron a la memoria las lecciones del lingüista Luis Jaime Cisneros, del maestro Onorio Ferrero, al doctor José Agustín de la Puente, a –como dijo él– la frágil Margarita Guerra y a su hermano

Luis Felipe, muerto muy tempranamente; también pensamos en Lister, el conserje, que acababa de partir y en tantos otros.

De allí, obligado un almuerzo en *El Rancho*, y los diálogos se hicieron más personales, los números de teléfono y las direcciones circularon entre todos. Se establecieron viejos contactos y se intercambiaron nuevos datos; se propuso reuniones futuras, hasta se pensó en una asociación. Pero, sabemos íntimamente que lo ocurrido antes y también durante esa mañana de abril, fue único, irrepetible, porque la emoción de lo vivido a plenitud es distinta de instante en instante.

Durante el almuerzo me tocó estar frente al doctor conversando y compartiendo. En el transcurso me preguntó si era casada y cuántos hijos tenía; le respondí afirmativamente a la primera pregunta y con respecto a la segunda, que llevaba cuatro meses de embarazo. Acotó una frase con la gracia y seriedad que le eran características: *Entonces el niño ya ha recibido su primera clase*. Coincidentemente, el 18 de febrero de 2007, Manuel Carlos Zanutelli, mi único hijo, ingresó a nuestra Universidad a los Estudios Generales Ciencias para luego estudiar en la Facultad de Ingeniería.

Mamma Anna²

Luis E. Lama

Hay mujeres a las que sólo es posible imaginarlas vivas, porque las conocimos con una enorme vitalidad, con una gran pasión y una entrega total a lo que ellas creían. Por ejemplo, para quien esto escribe, Malvina de Lemor sigue estando viva. No sé si será cuestión de que ya me tocó penetrar en terrenos geriátricos o será más bien algún entrevero freudiano que no me interesa desenredar. Lo cierto es que ahora le tocó el turno de partir a Anna Maccagno, una de las mujeres más espléndidas de mi vida y que por alguna razón me hace recordar las lecturas infantiles de “mi personaje inolvidable”.

Conocí a Anna unos 22 años atrás, cuando todavía vivía con Emilio en su casa a espaldas del cine Ambassador en Lince. Allí aprecié por primera vez su elegante sobriedad, su absoluta austeridad frente a la vida y esa aplastante modestia que le daba un brillo propio en medio del egocentrismo desbocado de nuestros protagonistas plásticos.

Anna tenía ese especial carisma de las mujeres italianas que han terminado por quedarse en el Perú. Había en ella una resistencia para enfrentar la cotidianeidad, y simultáneamente la sutileza y, por qué no decirlo, el cariño con que se entregaba a la amistad.

Por eso mis visitas a la Universidad Católica fueron motivadas, sobre todo, por el encuentro con una mujer a la que desde el primer día admiré profundamente.



² Publicado en la revista *Caretas*. Lima: 29 de noviembre de 2001.

Tanto por las razones anotadas como por el enorme placer de verla dando clases o dirigiéndose a los alumnos, de esa forma tan especial con la que una madre suele aproximarse a sus hijos.

Muchas veces Anna era protectora, pero nunca dejó de ser severa con ellos... a su manera. Sin embargo, si ella suplió su maternidad con la enseñanza a los alumnos, también, paulatinamente, fue dejando de lado su espléndida labor escultórica para dedicarse cada vez más a la docencia. De esta manera Anna no sacrificó su vocación. Más bien la multiplicaba, porque a través de los alumnos, la cantidad de obras que ella pudo hacer fue infinitamente superior a las que hubiera podido en caso de dedicarse al trabajo solitario. Pero no es que Anna impusiera a sus alumnos una determinada manera de hacer arte. Ella, eterna consejera, solía decirme que el verdadero profesor es aquel que no deja huella en el trabajo de su alumno. Sin embargo, ellos heredaron algo mucho más importante que las formas y los volúmenes: todos de cierta manera comparten una mirada común de ver el arte y la vida. Una aproximación al presente y a la eternidad, cuyos orígenes, pudieran encontrarse en Anna.

Al morir Winternitz, Anna asumió su cargo, dedicando un gran tiempo a la administración en sacrificio de la enseñanza, y esto no dejaba de mortificarla, a pesar de que su intención era continuar con la tradición dejada por el maestro de asumir ambos trabajos con una energía desbordante. Pero en los últimos años Anna estaba cansada. Murió Emilio, su compañero, y la soledad la suplía con el cariño de los alumnos y los amigos, en medio de un mundillo en el cual las fidelidades no abundan. Pero ella supo transitar por esta vida dejando no sólo la huella física de la escultura, sino, mucho más importante, su indeleble permanencia en nuestra memoria. Ocurre que Anna tenía esa extraña capacidad de seducir al interlocutor, de hacerle sentir su solidaridad de un modo que pocas veces hemos podido encontrar.

Por todo lo anotado es que desde nuestro primer encuentro la consideré una mujer monumental. De esas que pocas veces tiene uno el privilegio de conocer. Es por eso que tan pronto asumí la

dirección de la Sala de la Municipalidad de Miraflores, allá por los años '80, una de mis primeras decisiones fue comenzar a estudiar su trayectoria con el objetivo de rendirle un homenaje a través de una selección de obras de ella y de todos los alumnos que habían logrado notoriedad en esa época. En la inauguración de la muestra Anna no hizo más que confirmar su modestia, repitiéndome que el homenaje era inmerecido y lo tomaba más como un encuentro de amigos muy queridos. Pero esa era una opinión que yo no compartía.

Hoy que se ha marchado me aferro al pensamiento de que para mí Anna sigue viva y lo seguirá estando durante mucho tiempo, ciertamente mucho después de que haya partido yo.

¡Al maestro y amigo!

César Israel

Don César Ernesto Fernández Arce nació el 24 de julio de 1928 en la ciudad de Lima, hijo de don Ernesto Fernández y de doña Auristela Arce. Casado con Beatriz Hart con quien tuvo cinco hijos: Ernesto, Rafael (sacerdote jesuita), Juan, Beatriz y Elena. Se educó en el colegio jesuita de la Inmaculada (1936-1945), donde fue alumno distinguido desde un inicio. En su juventud practicó remo en La Punta, Callao. Desde muy joven tuvo el sueño de ser juez motivado por su vocación de servicio a su país y la necesidad de hacer justicia.

Ingresó a la Universidad Católica como alumno oyente el 27 de marzo de 1946 y a la Facultad de Derecho el 28 de marzo de 1949



destacándose, como es costumbre en él, desde un primer momento, como uno de los mejores alumnos de su clase. Al finalizar su carrera se graduó primero que toda su promoción con la tesis: *La acción reivindicatoria y su diferencia con la petitoria de herencia*. A los tres días de haber sido aprobado con la calificación más alta viajó a España, a la Universidad Complutense de Madrid, para seguir su maestría donde se doctoró años más tarde con la tesis *La situación jurídico-patrimonial de la mujer casada en el Derecho comparado*, habiendo obtenido la calificación de notable.

De vuelta al Perú, con muchas ganas de servir a su país, ingresó al Poder Judicial iniciándose como relator y por concurso público

fue juez y, poco a poco, fue destacando. De esta manera subió paulatinamente en el escalafón judicial demostrando en cada momento de su carrera pública su entrega, su servicio y, sobre todo, su vocación humana llena de valores éticos y morales. Finalizó su carrera pública siendo dos veces Presidente de la Corte Suprema demostrando su probidad en todo momento y dignificando de esta manera la carrera pública y el concepto de juez en el Perú. Su honestidad y sencillez hacen de él una persona muy singular que predica con el ejemplo a todos los que hemos sido o somos sus alumnos.

En 1984 formó parte de la Comisión Revisora del Código Civil - Libro de Sucesiones inspirado en sus maestros como Lanatta y Borda; con gran sapiencia ha logrado que este libro sea en su momento uno de los más avanzados de la época.

En 1992 fue constituyente de la República dando su opinión como jurista sobre los problemas que aquejan al pueblo peruano, y trató en todo momento de hacer prevalecer los principios humanos sobre toda corriente temporal que vaya en contra de los intereses del ser humano o de la sociedad. Su defensa a los valores familiares, su decidida voluntad de establecer los parámetros hacia la vida, así también su visión objetiva y acuciosa de los problemas actuales de la comunidad lo llevó a escribir tratados de Sucesiones y diversas publicaciones acerca de Familia y Derechos Humanos. Ha presidido el Comité Electoral de la Universidad Católica. Se desempeña como árbitro del Centro de Conciliación y Arbitraje de la PUCP, es miembro de número de la Academia Peruana de Derecho, árbitro de la Cámara de Comercio de Lima y miembro de la Comisión Consultora del Colegio de Abogados de Lima (Sucesiones).

Maestro y amigo de varias generaciones de alumnos y profesionales de Derecho de nuestra Facultad, durante todo este tiempo ha sabido forjar en nuestros corazones y mentes no solo conocimientos, sino también valores humanos como por ejemplo vocación de servicio, el respeto a la vida humana que son tan necesarios para hacernos ser antes que estudiantes personas con vocación de servicio, de entrega por nuestros ideales todo en beneficio de nuestra sociedad.

Como dice el doctor y amigo César Delgado Barreto: “El doctor César Fernández Arce, en todos los campos que ha desempeñado, su rol como profesional, como esposo, como padre, como amigo, como árbitro siempre ha sido y será un testimonio de vida de todo lo que debe ser un alumno de la Universidad Católica”.

Xavier Kiefer-Marchand *Un hombre bueno*

Ántero Flores-Araoz

Conocí a Xavier Kiefer-Marchand en 1959, cuando recién ingresé a la Facultad de Letras, y también inicié mi práctica pre-profesional en el Estudio Carrillo Smith.

El doctor Kiefer-Marchand en ese entonces era socio del Estudio que compartía con los doctores René Boggie y Luis Gazzolo Miani, Estudio que se encontraba en el jirón Carabaya 928, calle Pacae, edificio que también albergaba al Estudio Carrillo Smith.

Muchas tardes coincidíamos en el ascensor al llegar ambos a nuestros centros de labor. Xavier Kiefer-Marchand indagaba sobre nuestra experiencia universitaria en

Letras y nos alentaba para luego pasar a Derecho.

De porte alto y grueso, gesto casi siempre adusto, vestía por lo general de negro y con sombrero de ala ancha. Parecía persona de tiempos muy lejanos, sin sonrisa pero con mirada profunda e inteligente.

De la conversación fugaz, y con la lógica distancia entre él y un recién ingresado a las aulas universitarias, se podía advertir su inmensa cultura, proporcional a su prominente figura, y tiempo más tarde nos percataríamos de su gran versación y lógica jurídica.



Fue por veinte años secretario general de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. No me enseñó curso alguno, pero educó con sus oportunos consejos, siendo un maestro de la vida. Con el doctor Hugo Piaggio fundó la revista *Derecho*, en la que él mismo traducía y publicaba artículos de origen inglés y francés.

Aparentaba ser inflexible con la asistencia y puntualidad, pero a quienes nos conocía en la actividad de practicantes, comprendía nuestras cuitas y limitaciones por los encargos que recibíamos en los despachos de la práctica diaria.

Al llegar la noche y previo regreso a su domicilio, recalaba en el Café Versailles de la Plaza San Martín, donde por lo general bebía alguna infusión y conversaba con Juan Francisco Valega, notable médico de la mente.

Identificaba a los estudiantes de la Facultad por nombre y apellido, y sabía quiénes además de concurrir a clases recibían formación práctica en los despachos de abogados, así como en las corporaciones privadas y en la administración del Estado. En aquella época casi todo se concertaba en el Centro de Lima, y en el trayecto entre su domicilio por el Mercado Central y la Facultad y entre ella y su Estudio, se cruzaba con todos los que hacían sus prácticas, pues su rutina era de a pie.

En el jirón Carabaya encontraba a todos los que permanentemente llevábamos escritos y recursos a los entonces llamados escribanos, e íbamos al Palacio de Justicia a indagar sobre el estado de los expedientes. A todos estimulaba con algún gesto.

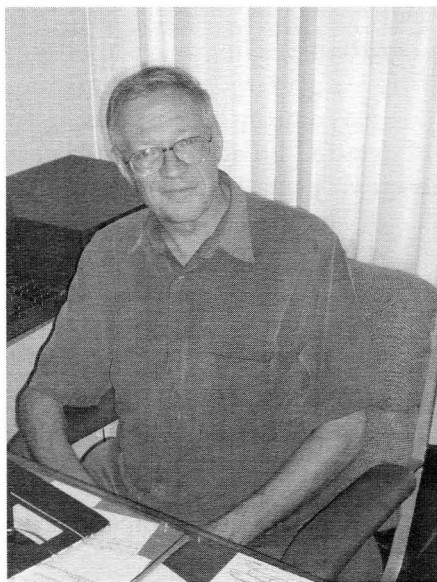
Es frecuente que el estudiante recuerde más a sus profesores de aula, y no tanto a las autoridades administrativas, pero el caso de Xavier Kiefer-Marchand es muy singular, por su bondad, por más que tratara de trasuntar dureza.

Estas pocas líneas son para recordar al gran Secretario General que nos guió en la Facultad de Derecho, al hombre correcto y laborioso, forjador de muchísimas promociones.

¿Preguntas, dudas?

Javier Puente Valdivia

Hace algunos años, don César Gutiérrez Muñoz me permitió acceder a leer las diferentes entregas de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad*. En ellos, nuestra Casa de Estudios –a través de sus miembros– rinde homenaje a aquellas personas que con su vida y obra han marcado verdaderos hitos en nuestro derrotero institucional. Mediante estas líneas quisiera contribuir a aquel reconocimiento que los más jóvenes tributamos a quienes guían con su luz nuestro camino, anotando un comentario personal sobre un querido profesor de la especialidad de Historia.



Jeffrey Klaiber –Jeff, como le dicen sus amigos cercanos– nació en Chicago, el 11 de enero de 1943. Proveniente de una familia donde la religión ocupó un lugar importante, sintió el llamado de Dios e ingresó a la Compañía de Jesús el año 1961, orden religioso en la que sería ordenado como sacerdote en 1974. Su formación académica la realizó en la Universidad de Loyola (Chicago) y en la Universidad Católica de América (Washington D.C.), donde obtendría el grado de doctor en Historia con una tesis sobre el APRA. Como jesuita

de la Provincia de Chicago, tuvo una relación cercana con el Perú, y a ello se debe su temprano interés por nuestro país. Vino por primera vez al Perú en 1963, regresando en 1976 para establecerse permanentemente, del cual se ha alejado en contadas oportunidades pues hoy es prácticamente un compatriota más.

Las clases de Jeffrey Klaiber se inician con una rigurosa puntualidad. Primera lección. En un país donde sus autoridades políticas acuñan neologismos para las tardanzas, la primera impresión con el padre Klaiber es que debes llegar temprano, aunque la puerta siempre permanezca abierta. Luego de ello, una pequeña conversación para esperar a los tardones, o mejor dicho para esperarlos. Acto seguido, empieza la clase. Los papelógrafos invaden las pizarras. Ningún espacio para la improvisación. En sus clases, sabes dónde empiezas y dónde terminas. Segunda lección. El orden y la preparación de la exposición, son deberes ineludibles de un estudiante de historia, y por supuesto de un historiador. Un pequeño descanso ayuda a calmar el desborde de datos, nombres y fechas, concatenados con espacios para despejar las dudas de sus alumnos y discutir puntos sobre los que se puede tener posiciones divergentes. Aprovechamos para comentar alguna noticia política reciente, una película de estreno o la aparición de un nuevo libro. Luego de ello, se retoma la clase. Al finalizar, el epíteto de siempre: *¿Preguntas, dudas?*

En la especialidad de Historia tiene a su cargo los cursos de *Historia Universal Moderna y Contemporánea*, además de algunos electivos sobre la Iglesia, Estados Unidos y Latinoamérica, entre otros. Sus clases son una verdadera prueba de que vale la pena estudiar Historia en el Perú, y en particular en la PUCP. El padre Klaiber muestra, a través de sus palabras, un inacabable amor por el país, y una fe inquebrantable en su prosperidad. Todo ello con una dosis adecuada de crítica, que no descarta en ningún momento una aguda acidez, como aquella en la que señalaba que él no "dictaba" clases, pues ello lo convertiría en un "dictador", de los que el Perú y América Latina tenían ya en abundancia.

A su denodada labor como docente, y maestro de muchas generaciones de historiadores, se añade su trabajo como investigador. Tiene publicados varios libros sobre el papel de la Iglesia en Latinoamérica, así como diferentes artículos en torno a temas tan diversos como la independencia, las actitudes raciales durante la Guerra del Pacífico, la evangelización y la historia

de la Compañía de Jesús en América. Su último libro, *Iglesia, dictaduras y democracia en América Latina*, tiene dos ediciones –en español e inglés– y es una obra de consulta obligatoria para los investigadores interesados en la historia contemporánea y en la validez de la historia comparada para la absolución de preguntas compartidas en la región.

A este punto, quisiera señalar una de las primeras cuestiones a destacar de la labor del padre Klaiber. Para mi generación es, con toda seguridad, el docente que más cantidad de cursos nos ha impartido. Durante mis estudios, tuve el privilegio de tenerlo como profesor en seis cursos, si la memoria no me falla, y además creo haber obviado varios de los electivos que se ofrecían con él. Muchos de quienes hemos sido sus alumnos, hemos tomado opciones profesionales distintas. En todas ellas, sin embargo, el rigor al que nos acostumbró el Padre es un sello que nos caracteriza.

Sin embargo, la tarea formativa de Jeffrey Klaiber no se limita al aula de clases. Las puertas de su oficina siempre se encuentran abiertas para los estudiantes, egresados, colegas y todo aquel quien solicite su asesoría. El padre Klaiber es una prueba viviente del compromiso con la docencia. Sus actos, su comportamiento y el que no haya suspendido una sola clase –pese a que algunas veces, rogábamos que lo hiciese– así lo demuestran. Por añadidura es un gran amigo, siempre dispuesto a escuchar. Asume con el mismo nivel de compromiso docente, su vocación sacerdotal.

Toda relación humana siempre genera compromisos. Cuando esta relación es tan fructífera como la que desarrolla Jeffrey Klaiber con sus alumnos, nosotros –los más jóvenes– vivimos con la consigna de poner en uso las enseñanzas aprendidas. Si estas enseñanzas exceden lo académico, la tarea es mucho más compleja. Esta breve nota, suscrita a manera personal, pretende retratar la percepción de todos aquellos jóvenes que hemos encontrado en el padre Klaiber una fuente inacabable de conocimiento, y un vivo ejemplo de plenitud humana.

Con 64 años de vida recién cumplidos, ha pasado 46 de ellos en la Compañía de Jesús y 31 vinculados con la PUCP –ingresó el 1 de abril de 1976–, en donde ha ejercido el cargo de profesor y jefe del Departamento de Humanidades, todos los que formamos parte de la comunidad universitaria y que hayamos tenido relación alguna con el padre Klaiber, podremos decir de él lo siguiente: notable académico, buen profesor, paciente consejero. Jeffrey Klaiber es –sin duda alguna– una auténtica luz en el camino. Y sobre ello no quedan ni preguntas, ni dudas.

El pensamiento de Felipe Mac Gregor R.

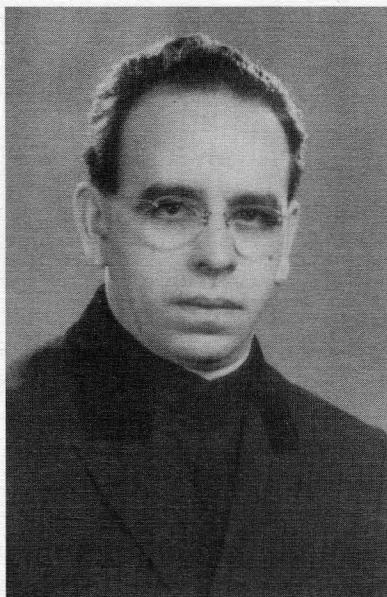
Francisco Morales Bermúdez Cerrutti

Cómo enfocar un reconocimiento a nuestro querido padre Felipe Mac Gregor y traducir verazmente lo que su trayectoria significó para el humanismo cristiano y la cultura peruana y universal. Conocí a Felipe desde la década de los años 30 como mi maestro en el Colegio de la Inmaculada – Jesuitas y mantuve con él durante muchos años una periódica y fraterna relación conversando y tratando sobre los temas que más le interesaban.

Debemos recordar en primer lugar su dedicación a la “Cultura de Paz”, tema sobre el cual planteó tantas preguntas y respuestas. Manifestaba Felipe con una simple y profunda filosofía, que antes de hacer un plan de paz conviene buscar respuestas a algunas preguntas fundamentales, que las preguntas y respuestas deben ser breves y que las respuestas se encuentran, a veces, en cosas conocidas, a veces hay que buscarlas por caminos nuevos.

Nos encontrábamos en la etapa en la que la subversión terrorista hacía estragos en el país.

Felipe encontró en su agudeza de pensamiento un camino nuevo para definir la paz, distinguiendo entre “paz negativa” y “paz positiva”. Consideraba como paz negativa la que se caracteriza por la no presencia de forma organizada de violencia armada y como paz positiva, aquella en la que predomina un orden social justo en el que no hay, habitualmente y de manera estable, “violencia estructural” o “violencia institucional”.



Encontró así otro camino nuevo: la distinción entre violencia institucional y violencia estructural. Consideraba que la primera es el abuso del poder o la fuerza al que recurre una institución, una persona jurídica, un partido político, etc., para resolver a su favor un conflicto. Así, por ejemplo, consideró la violencia de Sendero Luminoso como violencia institucional.

Según esta distinción, Felipe definía como violencia estructural aquella que se da cuando entre grupos sociales que forman una estructura se impide a uno de los grupos la realización de sus derechos; por ejemplo, cuando a los enfermos en los hospitales del Estado no se les da atención adecuada, a los niños campesinos se les niega la educación apropiada, etc., etc.

Luego, después de haber establecido estas definiciones, se planteaba las preguntas y respuestas sobre la violencia subversiva, rematando en la pregunta: En la actual situación del país, (mayo 1989), ¿cuáles son las prioridades del Perú?; y respondía: lograr por medios lícitos la paz negativa y al mismo tiempo y con el mismo empeño procurar la paz positiva; sin ella surgirán nuevas y más atroces formas de violencia.

Concluía su tesis Felipe señalando los caminos a seguir para lograr la paz negativa y la paz positiva. Extraigo algunas ideas.

Referente a la paz negativa señaló que para que no haya guerra, subversión, violencia armada, guerrilla o terrorismo, es necesario el "acompañamiento" y la vigilancia de los poderes del Estado y de las Fuerzas Armadas y Policiales en el ejercicio de su misión de reprimir legalmente la subversión. Explica qué es "acompañar".

Acompañar es estar cerca, no desentenderse de las vicisitudes de los enfrentamientos, las victorias o las derrotas. Exige sentir y actuar solidariamente para ofrecer un frente común. Acompañar es también dedicar tiempo y esfuerzo a quienes están más amenazados: los jóvenes, los dirigentes comunales o sindicales, los profesores de los diversos niveles de educación.

Expresa que la paz positiva es la convivencia en la verdad construida con justicia, animada por el amor y que sólo puede realizarse en libertad. Es el empeño firme y perseverante de esforzarse por el bien de todos los peruanos, estar dispuesto a servirlos y no explotarlos. Exige participación en las decisiones colectivas, no sólo políticas sino sociales que a todos afecta. La participación presupone conocer, saber lo que se decide y tener libertad para escoger.

Pienso que si hubiese un binomio que pudiera juzgar la vida de Felipe Mac Gregor, amén de su inmaculado cristianismo sacerdotal, es su filosofía de la paz, sumariamente expuesta en párrafos anteriores, y su acendrado amor al Perú que se tradujo en la práctica de su vida y en sus reflexiones y acciones. Basta, por ejemplo, revisar sus libros *Mi Visión del Perú* (1979) y *Perú siglo XXI* (1996), en los que hay una mezcla de su amor por el Perú y la objetividad con la que juzga la realidad peruana.

En 1979 Felipe escribía: *espero en el Perú porque siento visceralmente cómo nuestro paso a través de los siglos ha tendido ligámenes, lazos, cuerdas, velas, y construido nuestra nave; encontrar las partes, como en un navío, su propio lugar, es nuestra tarea sólo seguida en urgencia a la de encontrar capitán y tripulación. Espero en el Perú porque conozco a sus hombres, sujeto y objeto de mi esperanza. Tienen firme voluntad de vivir, de crear, de innovar, de cambiar, de transformar el Perú, a pesar de la inseguridad o limitaciones en su preparación intelectual, atonía moral, rasgos más perceptibles hoy en las generaciones jóvenes sujetas mas fuertemente al embate de los cambios y más amenazadas por la inseguridad del futuro.*

En 1996 expresaba: *si no trabajamos para disminuir el hambre y la miseria, ninguna paz perdurará. Si la cultura "blanca", es decir europea, o el centralismo predominan, no habrá la comunión de identidades característica de la verdadera paz.*

Decía también que *es necesario educar y educar para el trabajo, por el esfuerzo que es uno de los más eficaces medios de moralizar. Nada llevará más alto el carácter del hombre hoy, nada lo hará interesarse más efectivamente en el futuro de su país (el Perú), que educarlo para*

ser práctico y prudente y desear adquirir bienestar por medio de sus esfuerzos personales.

Resulta para mi una inmensa satisfacción haber glosado algunos aspectos del fecundo pensamiento de Felipe Mac Gregor, a quien sigo considerando mi maestro y gran amigo.

Antonio Maldonado Luna

Carmen Villanueva Villanueva

Si algún calificativo hubiera que aplicar para describir escuetamente a Antonio Maldonado, este sería su incontrastable dignidad personal.

Desde que lo conocí cuando tenía 14 años y era el acólito del rector de entonces, monseñor Fidel Tubino, niño todavía, inspiraba simpatía, pero también, nos dimos cuenta mucho después, respeto.

Antonio –Toño para muchos, no para mí que nunca he podido con los diminutivos o los sobrenombres– ante circunstancias poco propicias que nunca ocultó a nadie, las narraba con serenidad y sinceridad por lo que se hacía respetable y también admirable.

En efecto, distinguíamos su entereza, su calidad, su empeño para mantenerse y superarse, sin dejarse avasallar por problemas y deficiencias que pudieran rodearlo, sin perder el buen humor, la sonrisa, la disposición amable y colaboradora.

Este afán por hacer la vida más buena para los demás lo llevó a veces a anécdotas que hoy son graciosas pero que en su momento fueron casi trágicas. Entre sus tareas con monseñor Tubino estaba también prepararle sus alimentos. Tarea no muy difícil porque Monseñor era una persona sumamente delicada de salud que a duras penas sobrevivía con una ligera sopa transparente con unos pocos fideos. El gran corazón criollo de Antonio que ya cocinaba riquísimo, tuvo una pena enorme y decidió mejorar la dieta, para lo cual le agregó un poco de ajinomoto.

Monseñor se alegró y felicitó a Antonio ya que nunca había comido algo tan sabroso. Pero la alegría duró unos pocos días porque al cabo de ese tiempo, el Rector se sentía morir y nadie sabía por qué. (Antonio no lo dijo hasta muchos años más tarde ya que se llevó un susto inmenso). No sé si el asunto terminó en el hospital pero

las sopitas volvieron a ser desabridas.

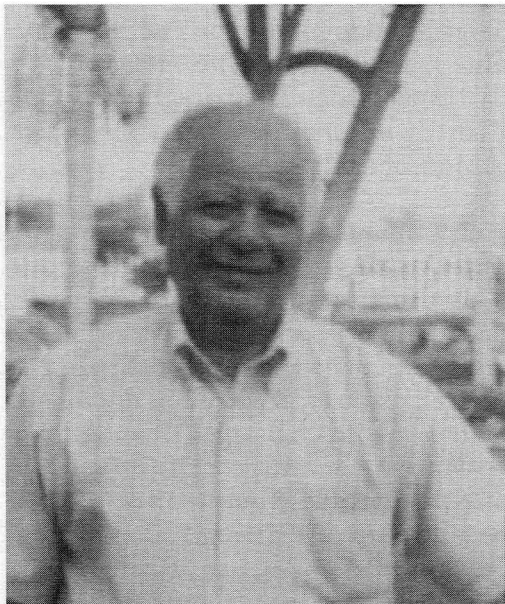
Nuestra generación se acostumbró a ver a Antonio. Eran las épocas en que cada primer jueves aparecía raudo monseñor Tubino, en un gran auto negro, completamente revestido de obispo, en las aulas y patio de la Plaza Francia, y nos dirigía la inevitable pregunta: "¿Qué día es mañana?" Y todos a coro y en plan de chanza simpática respondían: "¡Primer viernes Monseñor!"

Ya estábamos invitados, era en Camaná 459 donde funcionaban la Administración y el Instituto Riva-Agüero. Por supuesto que éramos increíblemente pocos los alumnos de la PUCP de entonces, pero dada la invitación, se suspendían las clases de las primeras horas de la mañana y asistíamos –algunos– a la misa acolitada por Antonio, y luego venía el risueño alboroto en el corredor, donde nos repartían un vasito de chocolate y medio chancay. Y contentos y divertidos volvíamos a la Plaza Francia por ese recorrido entrañable y casi imposible hoy en nuestra deteriorada y querida Lima, ida y vuelta de la Recoleta a la cuarta cuadra de Camaná.

Antonio estudiaba todavía en el colegio. Muchos años más tarde, cuando yo ya trabajaba en la PUCP, encontré en los archivos de la Biblioteca la carta en la que con toda su humanidad Monseñor le pedía al doctor Pedro Rodríguez, director de la Biblioteca, que al haber concluido sus estudios secundarios lo incorporara a esta Unidad, promoviéndolo a empleado.

Probablemente esta fue la primera Biblioteca que tuvimos los de Letras: unos cuantos libros, unas poquísimas mesas y sillas tan antiguas (viejas más bien) e incómodas, en un pequeñísimo e inhóspito cuartito cedido por el Instituto Riva-Agüero, con una diminuta ventanita en una especie de entresuelo desde la cual nos atendía Antonio. La experiencia era tal que yo siempre terminaba con frío y dolor de estómago. Yo, ratón de biblioteca, fui apenas unas cuantas veces, y finalmente la Biblioteca fue mudada a un local más acogedor –así nos lo parecía en esa época–, en la Plaza Francia.

¿Cómo estudiábamos? Clase de Lengua con el doctor Cisneros por ejemplo: luego de un maravilloso inicio con la recomendación



de olvidarnos de todo lo que nos habían enseñado en el colegio, todos a leer *El lenguaje y la vida* de Bally. No sé si estaba en la Biblioteca PUCP, creo que no. Partíamos corriendo desde la Plaza Francia hasta la Biblioteca Nacional en la Avenida Abancay. (También otra vez sentimos la nostalgia de esos recorridos seguros, donde nos quedábamos a estudiar hasta las 10 p.m. y luego íbamos al paradero a esperar un ómnibus con sortijas y pulseras de oro, reloj, cartera, y no pasaba

nada). En la Biblioteca Nacional deben haber existido varios ejemplares porque algunas veces los conseguíamos. ¿Clase de historia? A correr todos al Instituto Riva-Agüero (Recoleta-Camaná varias veces al día), esa sí que era biblioteca y nos abastecía perfectamente. Pero, ojo, ni la BNP ni el IRA nos prestaban nada a domicilio ¡y no había fotocopias! Nuestra generación se formó en el esfuerzo no solo intelectual, sino también físico indudablemente.

Pero la PUCP, con monseñor Tubino y el doctor Rodríguez, y más tarde con el nuevo rector, el padre Felipe Mac Gregor SJ, tenían muy clara la prioridad de la Biblioteca en el desarrollo de la Universidad, y así empezó un empuje extraordinario en presupuesto, personal profesional y equipos. Toda Facultad tuvo sus libros y su personal, felizmente coordinados, y así Antonio llegó al local de Ciencias Económicas en Miró Quesada, donde tuvo probablemente su único –y divertido– malentendido con una autoridad, que no vale la pena contar porque esa persona ya ha fallecido.

Entonces la PUCP siguió creciendo y fundó la Facultad de Ciencias Sociales, pronto trasladada al soñado Fundo Pando, quimera que se nos venía anunciando desde siempre y tan lejos entonces de la ciudad que conocíamos. Antonio pasó a esta Biblioteca, y su estadía y su trabajo allí todavía los recuerdan los bibliotecarios como una época de oro. En algún momento hizo dupla con el que era estudiante y hoy abogado desaparecido, Jorge Sato. Y por única vez –creo que en la historia mundial de las bibliotecas– al hacer el inventario anual, ningún libro estaba fuera de lugar, confundido o perdido, cosas que son inevitables en la rutina de cualquier biblioteca de país desarrollado o no.

En los largos años en que trabajó en Ciencias Sociales, Antonio no se detuvo. Ya era un melómano conocido que iba formando una estupenda colección de discos de música clásica, pero también, ingresó a la Escuela Nacional de Bibliotecarios, se graduó y además se casó con Elsa, una de sus profesoras.

Ya graduado, tuvo la oportunidad de asumir la jefatura de la Biblioteca de Ciencias, donde laboró ejemplarmente hasta su jubilación en el 2005.

Durante todo este tiempo Antonio demostró empeño y conocimiento, prudencia, discreción, sentido común y una indudable habilidad administrativa en el manejo de recursos humanos. Allí donde varios no habían podido lidiar con algún personal, Antonio aceptó el reto y sacó lo mejor de las personas para trabajar con ellas aceptándolas no perfectas pero útiles.

Pero no en vano pasan tantos años junto a las personas; y no es frecuente encontrar a alguien como Antonio. Es en realidad un privilegio el pasar toda una vida cerca de él, más de lo que a veces se ven muchos parientes entre sí. (Ahora le decimos, ciertamente con placer, que lo vemos más que antes, cuando estaba siempre en su oficina, mientras que ahora viene más a la nuestra).

En toda esa vida cercana hemos compartido muchas circunstancias alegres, festivas, trágicas (amigos que se van), tristes (familias que

se acaban), y sobre todo en estas últimas ha estado siempre presente y discreto, pendiente, esperando dar ayuda y apoyo, sin que se le pidiera. Recuerdo una vez abrir la puerta a las 7 de la mañana y encontrarlo con algo que el creía podía aliviar la situación más dolorosa por la que un ser humano puede pasar.

Sí ha sido un privilegio conocerlo y compartir con él su vida en la PUCP, y alegrarnos con él por la dicha de la vida familiar que ha forjado. Se la ha ganado día a día con el amor y la dedicación a su esposa y a su Luisa Fernanda, a quien le vimos dar compañía, camaradería y amistad desde pequeña. Hoy habla con orgullo de su hija ejemplar estudiante primero y ahora destacada profesional y mejor persona.

Estas líneas son un homenaje a un real hombre de la PUCP, donde pasó 48 años de su vida y de donde no quiso irse –nos consta– ni siquiera en pos de mejores oportunidades. Antonio es lo que pocas veces se encuentra en la vida, un hombre bueno.

El padre Nieto

Arnaldo Mera Ávalos

Conocí al padre Armando Nieto Vélez SJ hace ya 22 años, cuando empecé a acudir a la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero durante el primer semestre académico de 1984 y fuimos presentados en el patio de la sede institucional de la cual por aquel entonces él era su director; volví a verlo en los eventos que presidió por el centenario del nacimiento de don José de la Riva-Agüero tanto en el local del Instituto en el verano de 1985, como en la muestra inaugurada conjuntamente con el doctor Franklin Pease G.Y., en la segunda semana del mes de mayo durante el primer semestre académico de 1985 en la Biblioteca Central de nuestra casa de estudios; ya por aquel entonces le había manifestado mi vocación e interés por estudiar Historia sin dejar de lado los estudios de Derecho y siendo alumno de Estudios Generales no me desanimó en dejar dicha idea, sino más bien me comentaba tempranamente la generación de historiadores con formación jurídica que tenía por antecedente, incluyéndose él mismo en aquella simpática relación que recuerdo gratamente, me enumeró con exhaustiva inquietud y me alentó a continuar con ambas iniciativas; meses e inclusive años después los que fueron mentados en aquella ocasión serían mis profesores en la especialidad aunque muy pocos mencionarían su paso por las aulas de Derecho. Aquel mismo año volvería a ver al padre en el conversatorio que, con auspicios del Banco Continental, se realizó en setiembre con ocasión de la misma efeméride y en la cual me presentó a César Gutiérrez Muñoz, quien junto con Juan Carlos Estenssoro se encargaron de una selección de cartas del epistolario del benefactor de nuestra casa de estudios y que el padre me obsequiaría antes de dejar la dirección del Instituto.

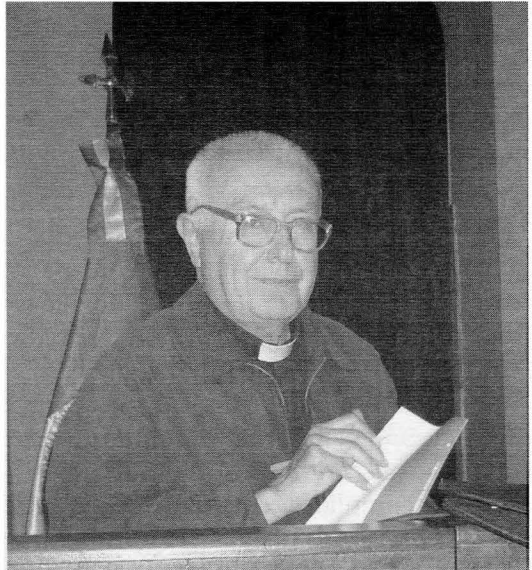
A lo largo de los siguientes años nos encontrábamos y me preguntaba por mis estudios en ambas especialidades y a veces realizamos largas caminatas, algunas las comenzábamos en el Fundo Pando y otras en el lugar donde nos encontrábamos, siempre con dirección a la casa parroquial donde aún vive, al lado del parque Domodossola en Miraflores; también coordinamos unas visitas al cementerio Presbítero

Maestro y nos veíamos en las actividades en la casa Riva-Agüero aunque debo confesar que mis visitas a la casa parroquial ya incluían desde 1989 la de otro nuevo amigo cinéfilo como el que suscribe, el padre Francesco Interdonato SJ y de quien por mi cercanía amical supo darme el consuelo espiritual el padre Armando en los días que siguió a su dolorosa partida e inclusive se encargó de entregarme una biografía de Alfred Hitchcock, uno de los directores favoritos que me recuerda felices conversaciones con el finado. El dolor por la pérdida de un amigo lo supo entender el padre Armando, siempre oportuno él para dar un alivio, ya en abril de 1990 acompañó a mi familia paterna en el dolor y apoyo espiritual por la pérdida de mi abuelo y conoció a mi tío exalumno jesuita, a mi madre y a mis amigos más allegados de la Universidad.

En el segundo semestre de 1990, como debía suceder por dictar una materia obligatoria de la especialidad, sería mi profesor en el curso de *Filosofía de la Historia*, materia que era su especialidad por su formación académica y que en dicha ocasión nos dictó a un grupo pequeño; por aquella amistad que ya teníamos cinco años atrás ambos seríamos pasajeros en el carro de mi amigo Mauricio Melzi, quien accedió gustoso llevarlo después de finalizadas sus clases y así dos veces por semana enrumbábamos camino a Miraflores por la ruta de la Costa Verde departiendo de diversos temas de historia, publicaciones recientes, de los amigos de siempre, todo ello durante aquel semestre académico y si tenía otra actividad que lo llamara, le pedía disculpas a Mauricio y a los demás que viajábamos con él por no compartir aquel viaje con nosotros. Si bien para casi todos los alumnos de mi generación sólo nos debía dictar un solo curso, en nuestro paso por la especialidad pude tenerlo como profesor de *Historia del Perú IV* y sus alumnos pudimos recibir notables lecciones acerca de la guerra con Chile, también denominada del Pacífico, su minuciosidad no sólo para exponernos el tipo de armamento de nuestra escuadra nacional por aquel entonces y el desarrollo de la campaña naval de una manera exhaustiva y comparativa; sino porque me dieron a conocer una faceta que no conocía del padre, ese sentimiento de aprecio y cariño por nuestra amada patria, demostrado en cada momento del dictado de su cátedra durante la exposición de las calamidades producidas durante aquella infausta guerra, ya que en el discurso teórico de filosofía poco

podía explayarse sobre la historia de nuestra patria.

Volveríamos a reencontrarnos asiduamente ya como un exalumno en casa de don Félix Denegri Luna, algunos domingos de 1991 y 1992 disfrutando de una tertulia dominical en la cual escuchábamos atentamente, a veces inclusive, no sólo a ambos académicos sino a don Guillermo Lohmann conversar de temas que eran de interés para los interlocutores. Siempre mostró una constante preocupación por con el que suscribe y hacia mi amigo, Eduardo Quintana, aconsejándonos que apoyásemos y lleváramos a buen término la labor de investigación sobre la historia y las relaciones diplomáticas del Perú con el vecino país del norte, Ecuador, labor de toda una vida que don Félix Denegri tenía que culminar, apoyo



que realizamos entre 1993 y 1995; nos agradeció personalmente cuando se presentó el libro en 1998 y nos pidió que no dejáramos de participar en el libro homenaje, pues habíamos trabajado aquellos años con él y debíamos dejar constancia de nuestro aprendizaje con aquél, no debiendo olvidar que el padre casi diez años atrás le había hecho un homenaje en vida en la edición número 16 del *Boletín del Instituto Riva-Agüero*.

En los años siguientes ya como investigador pude conversar sobre el donativo del gremio de pulperos a la causa del fidelismo, tema de sus primeras investigaciones, agradándole mucho aquel hallazgo, además coincidimos en diversas actividades académicas ambos en calidad de asistentes, pero disfrutaba menos de su compañía, pues partía presurosamente de los eventos en cuestión, pero siempre con

un saludo y recuerdo para mi madre, demostraba su calidez humana y su preocupación por amigos mutuos; fui testigo de su presencia en la vida cristiana de algunos amigos y exalumnos suyos de la especialidad de Historia, pues asistí a más de una boda celebrada por el padre, así como también coincidimos en aquellos momentos luctuosos que nos tocó vivir, siempre ejerciendo su magisterio con los deudos de estimados profesores y queridos amigos, en algunos casos fui el responsable de ello pues acudía a su casa a comunicarle el infortunio que vivía algún amigo allegado y siempre solícito me acompañaba a la casa de los que necesitaban su apoyo espiritual.

Con gran placer pude escuchar su magnífico discurso de orden dado en el Congreso de la República el año pasado con motivo del centenario de la Academia Nacional de la Historia, en el cual expuso con notable acierto la Historia. Siempre con esa humildad y sencillez que le caracteriza me preguntó: ¿Arnaldo qué te pareció?, en ese momento le dije: *Muy bien Padre, muy bien*, agradeciéndome por esas palabras con esa modestia que lo distingue; me hizo recordar que cuando publicó su *Francisco del Castillo, el Apóstol de Lima*, ante el pedido de una dedicatoria se sonrojaba y me decía que lo abrumaba con aquello; así que tuve que buscarlo una tarde de junio de 1995 y en breves y elocuentes palabras cumplió el requerimiento pedido para luego proceder a realizar una amena charla, pues siempre que tenemos oportunidad hemos conversado de amigos y personas queridas; es que el padre siempre se preocupa cómo se encuentran todos aquellos que le han brindado su amistad. Siempre dispuesto a dar una ayuda desinteresada, realiza una labor encomiable en uno de los denominados Pueblos Jóvenes del Cono Sur de nuestra capital, que no nos hubiese contado sino era por la insistencia de salir a un almuerzo algún fin de semana. Hace cuatro años he podido escucharlo presentar una ponencia sobre "La Huerta de la Compañía de Jesús" ubicado su estudio al año de 1767, siempre que su interés por la Historia no sólo se circunscribía a los siglos XVII y XIX sino que aquel amor hacia lo suyo, su patria, su orden religiosa lo había llevado por una búsqueda de más de 400 años de Historia del Perú en diferentes archivos y repositorios documentales, pero su mesura junto con su caridad cristiana ha hecho que no sea tan notorio y que sean un gran aporte para nuestro país.

Y se fue, tan pronto...

Consuelo Josefina Rivera Gordon

Hace 35 años, eran tiempos muy humanos, no había fotocopias, máquinas electrónicas, computadoras, solo papel y lapicero (al menos para los de mi "categoría").

Me matriculé en el curso de *Arqueología peruana* que lo dictaba la doctora Josefina Ramos de Cox y fue maravilloso el mundo al que me llevó.

He tenido profesores excepcionales, como académicos y como personas; cualquier calificativo es poco, pero Josefina era de otro mundo. Y se fue, tan pronto...



Josefina, nació en Piura, estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, sin embargo gran parte de su vida y obra se quedó en la PUCP.

Recordamos a Josefina como maestra y madre, nos conducía por la teoría y por la práctica; de pronto ya estábamos en trabajo de campo en los yacimientos Pando, Tablada de Lurín, León Dormido, Huar-Huar, Huayurí, etc. A la hora del hambre nos repartía un paquete de galletas de soda *Field*, un chocolate *Sublime*, un plátano de seda; como no había facilidades para lavarse las manos, cuidaba que sujetáramos los empaques, que no tocáramos con las manos sucias, caso contrario un tas tas en las manos. Y

cuando íbamos a Tablada, Josefina nos reunía en el punto donde salía el único carro para la zona y cuidaba que llegáramos juntos.

Luego te motivaba para que leas y escribas lo aprendido. Nunca un reproche, nunca un "no", siempre te daba más referencias para que completes lo que habías avanzado, siempre un consejo, una sugerencia.

En el Seminario de Arqueología del Instituto Riva-Agüero siempre habían especialistas y alumnos aprendiendo de ellos (Antropología Física, Malacología, Textilería, etc.).

Josefina, era como un sol, como una luz y todos recibiendo su luz. Era como una arquera con su arco y nosotros las flechas a las que quería enviar muy lejos.

Y se fue, tan pronto...

Recuerdo de Luis Torres Isla

Carlos Vera Gutiérrez

El profesor Torres Isla cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional "José Andrés Rázuri" de San Pedro de Lloc en la provincia de Pacasmayo - La Libertad (1961-1965) y su instrucción profesional en el Programa Académico de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad Nacional de Trujillo (1966-1970), donde optó el grado académico de Bachiller en Matemáticas en 1971. Posteriormente obtuvo el Postgrado en Matemáticas en la Pontificia Universidad Católica del Perú, graduándose de Magíster en Matemáticas en 1978, ejerciendo la docencia desde mayo de 1972; y en el Centro Interamericano de Enseñanza de la Estadística (CIENES) en Santiago de Chile, alcanzando el grado de Master en Estadística en 1982.

Experto en Estadística, el profesor Luis Torres fue un destacado docente, autor de numerosos trabajos académicos publicados en manuales, artículos en revistas y en sus libros *Geometría analítica: vectores y cálculo*, *Los procesos estocásticos y algunas aplicaciones* y *Matemática básica*.



Ejerció la docencia en la PUCP desde mayo de 1972 y en otras instituciones como la Escuela Militar de Chorrillos, entre 1973 y 1977; el Departamento de Matemáticas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y el Departamento de Estadística - Matemática de la Universidad de San Martín de Porres.

Fue miembro de la Comisión Asesora de Ciencias Exactas de la Oficina de Asuntos Científicos del CONCYTEC entre 1990 y

1991. Recorrió diversas ciudades del país, visitando instituciones, dictando conferencias, seminarios y dirigiendo talleres que han contribuido a sentar sólidas bases para el desarrollo de la Estadística y el perfeccionamiento de docentes de secundaria, institutos superiores y universidades.

Profundamente conolido me permito recordar públicamente los primeros momentos en que conocí en el quehacer universitario a Luis Torres Isla, hace aproximadamente treinta años. Era el profesor de teoría del curso de *Estadística General*, en ese entonces del Programa Académico de Ciencias Administrativas y yo integraba con otros compañeros, su equipo de Asistentes de Docencia.

Lucho, como cariñosamente y con respeto lo hemos llamado siempre, nos recibió con mucho entusiasmo, nos acogió con sentimiento paternal y sincero, sin egoísmo de los conocimientos que tenía, nos brindaba sanos y oportunos consejos para el mejor desempeño de la predocencia que ejercíamos. Desde el primer momento nos asignó responsabilidades docentes, porque él nos decía que en el futuro las íbamos a tener y no debíamos evadir las (efectivamente, ahora las tenemos y sabemos afrontarlas). Recuerdo que un compañero no pudo cumplir a cabalidad la tarea asignada, sin embargo, Lucho no optó por el facilismo de la destitución; por el contrario, le dio la oportunidad de rectificarse y completar a satisfacción la labor encomendada, como así lo hizo. Hoy en día, dicho compañero es un destacado colega docente y de reconocido prestigio profesional.

Lo mencionado anteriormente corresponde a uno de los compromisos que Lucho se había propuesto, formar generaciones de jóvenes docentes. Por este bien que nos hizo, nunca esperó recompensa ni reconocimiento; este gran ejemplo suyo nos deja una preciosa enseñanza, para que en su memoria podamos practicarla.

Años después, cuando ya compartíamos la enseñanza, la amistad que nos había brindado se consolidó en vínculos fuertes, sobre todo por el hecho de que ambos proveníamos de la provincia de Pacasmayo y teníamos amistades comunes. Esta gran amistad se

hizo extensiva a nuestras respectivas familias, con quienes en forma conjunta hemos compartido momentos de alegría.

Con el transcurrir del tiempo, conocimos a Lucho como una persona de carácter fino, amable y bondadoso; trataba sus asuntos con claridad, valentía y honradez, reuniendo todas las cualidades de un hombre de bien. Fue él, siempre de pensamiento libre, inteligente y sin prejuicios; el cumplimiento del deber fue una constante inquietud en su vida, así como sus desvelos y preocupaciones por el progreso de nuestra querida Universidad.

Lucho fue un compañero leal, sincero, dueño de un corazón muy noble, de una vida ejemplar, sana y tranquila; por eso, su muerte nos produjo un gran dolor, más aún cuando el día de su deceso, habíamos acordado en reunirnos junto con nuestras familias y pasar momentos gratos de sano esparcimiento; esperaba su llamada que nunca la recibí, pues él recibió la llamada de Dios el 20 de setiembre de 1999.

Estuvo casado con Lupe Ramírez Castillo con quien tuvo tres hijos: Ludwig, Lissett y Antonio.

El profesor Luis Torres es siempre recordado por sus compañeros de la Sección Matemáticas del Departamento de Ciencias de nuestra Casa de Estudios por su don de gente, paciencia, disposición de consejero y gran capacidad como maestro.

Dionisio Ugaz Mont

Alberto Ugaz Lock

Don Dionisio Ugaz... tanta historia detrás de este nombre. Cuando pienso en don Dionisio Ugaz, se me vienen a la memoria recuerdos de una persona que gustaba enfrentar retos y no darse por



vencido. Pienso en alguien quien componía lo imposible. ¿Cómo empezar? Su trayectoria estuvo llena de dificultades. Su origen humilde lo obligó a trabajar mientras atendía sus estudios universitarios. Posteriormente, tuvo que trabajar simultáneamente como profesor en el colegio Leoncio Prado, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en la Cantuta. Debido a sus antecedentes académicos, obtuvo una beca de la fundación FORD para realizar estudios de postgrado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, donde obtuvo con honores el grado de Maestría en Química. Su retorno al Perú no fue sencillo, pero por una

especial situación llegó a la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde pasó los treinta últimos años de su vida profesional.

Pero no es eso lo que más me impactara de él. No lo conocí en su vida de estudiante, pero me bastó crecer bajo su tutela para imaginar su pasado estudiantil. No lo vi crecer batallando por salir adelante, pero se que no fue fácil. Estricto y fiel a su código de ética, supo imponer un estilo peculiar que impartía respeto y admiración en quienes lo conocían. Buscando ser el mejor, lo vi enfrentar retos que parecían imposibles. Fue eso lo que me despertó la admiración en él. Esa capacidad para no rehuir a situaciones

difíciles de manejar. Con su estilo serio y rígido, supo establecer orden en cuanta empresa se embarcara.

Fue así que, en distintas épocas asumió diversas funciones administrativas. Fue elegido como presidente de la Cooperativa del Colegio Abraham Lincoln, de la Sociedad Química del Perú, de la Sección Química del Departamento de Ciencias en la PUCP, posteriormente como secretario general del Colegio de Ingenieros y presidente de la Asociación Peruana de Facultades y Escuelas de Química e Ingeniería Química. Al final de su camino profesional se desempeñó como decano de Estudios Generales Ciencias en la PUCP. Fui testigo de cómo invertía tiempo y energía en cada una de estas 'aventuras empresariales', cada una de las cuales representaron un gran reto, un nudo grande por desenredar. Viendo la labor desempeñada en cada una de ellas, empecé a imaginar que no había reto que fuera imposible o que no tuviera solución. Supo poner orden dentro del caos y liderar con visión. Hoy en día aún admiro esa capacidad organizadora que no he vuelto a conocer en otra persona desde que nos abandonara.

Pero más que un excelente líder, don Dionisio fue, sobretodo, un educador. Tuve el privilegio de crecer y tenerlo como mi tutor personal, explicándome las matemáticas y las ciencias durante mis años escolares. Tenía una facilidad increíble para hacerme entender tópicos complicados. Sabía explicar en términos sencillos lo que se me hacía difícil y tedioso. Era mi modelo de profesor: ordenado, meticuloso, dedicado, serio, estricto, justo, puntual. Un profesional a carta cabal. Las clases eran sagradas y el respeto a ellas era parte de su código. Nunca llegaría tarde a una clase –no si dependía de él–. Pude apreciar cómo sus clases en la Universidad se llenaban de estudiantes registrados en otros horarios, estudiantes que buscaban profesores que supieran llegar a ellos. Fue también mi propio profesor, me matriculé en una de sus clases con la seguridad de que recibiría lo que mereciera, sin favoritismos ni privilegios. Vi mi orgullo crecer, sabiendo que yo mismo aspiraba a ser como él, siempre quise tener ese don, ese estilo, esa ética, esa forma de enseñar. Aun hoy aspiro a ese sueño, aun tengo mucho por emular.

Y, al final de todo, don Dionisio no fue solamente un gran educador, o un excelente líder. Fue, después de todo, un ser humano, una persona como todos, con virtudes y defectos, triunfos y derrotas, alegrías y penas. Fue padre y esposo. Fue padre de seis hijos. Fue mi padre. Aprendí mucho de él y llevo impreso dentro de mí esa guía que me dejara. También puedo decir que tengo mucha admiración y mucho orgullo por lo que él representó, por el respeto que siempre despertara en quienes trataban con él. Hoy, en un camino lejano al que viviera cuando compartíamos el mismo hogar, siento que su guía aun me acompaña cuando enfrento mis propios retos. Permanentemente utilizo lo que me enseñó directa o indirectamente... y hay un sentimiento innegable de gratitud.

Me piden hoy que escriba algunas líneas acerca de su trayectoria. Pero más que eso, cuando me preguntan quién fue don Dionisio, lo primero que respondo es que él fue mi papá.

Índice

<i>Presentación,</i> por Walter Albán Peralta, profesor principal del Departamento de Derecho	3
<i>Teófilo Altamirano Rúa (1943),</i> por Antonio Peña Jumpa	9
<i>José Antonio del Busto Duthurburu (1932 – 2006),</i> por Flor de María Cosío	17
<i>Anna Cotroneo de Maccagno (1918 – 2001),</i> por Luis E. Lama	20
<i>César Ernesto Fernández Arce (1928),</i> por César Israel	23
<i>Xavier Kiefer-Marchand Schmidt (1907 – 1968),</i> por Ántero Flores-Araoz	26
<i>Jeffrey Klaiber Lockwood SJ (1943),</i> por Javier Puente Valdivia	28
<i>Felipe Mac Gregor Rolino SJ (1914 – 2004),</i> por Francisco Morales Bermúdez Cerrutti	32
<i>Antonio Maldonado Luna (1942),</i> por Carmen Villanueva Villanueva	36
<i>Armando Nieto Vélez SJ (1931),</i> por Arnaldo Mera Ávalos	41
<i>Josefina Ramos Cabredo de Cox (1927 – 1974),</i> por Consuelo Josefina Rivera Gordon	45

Luis Torres Isla (1947 – 1999),
por Carlos Vera Gutiérrez 47

Dionisio Ugaz Mont (1932 – 2000),
por Alberto Ugaz Lock 50

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Soledad Acosta Mondragón
Cinthia Llanos Ramírez
Luis Sandoval Gómez
Nelly Vidalón Barreto
Julio Güissa Milla
Beatriz Barbachán Ramos
Bárbara Mori Alva
Fredy Santisteban Huapaya
Carolina Uceda Castro
Álvaro Quiñones Huapaya
Amy Saravia Chávez
Archiveros

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Erick Ragas Rojas
Bibliotecario

Ejemplar N° 0002

El número 48 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta RyF Publicaciones y Servicios S.A.C., Jr. Manuel Candamo 350, Lince, el 29 de junio de 2007, festividad de San Pedro y San Pablo, Día del Papa. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.